

CULTURA DE LA DEMOCRACIA EXPRESIÓN SITUADA DEL REINO DE DIOS

P. Pedro Trigo*
ITER

Abstract

The present essay departs from the environmental difficulty to live political democracy and verifies that our democratic deficit tends to rarefy and stir up the citizen's coexistence. In order to revert this situation, this essay proposes to build as human subjects with freedom a positive relation with and from the others. From this notion of human subjects as persons in relation to one another, it will be possible to cultivate the culture and values of a real democracy as a form of building up this social relation that constitute us as human subjects. We will develop how a real culture and praxis of democracy is a privileged expression of the attitude that welcomes and recognizes the sovereignty of God among us.

*El P. **Pedro Trigo Durá**, SJ, es jesuita venezolano de origen español riojano, nacido en 1942. Estudió Letras y Filosofía en las Universidades Católicas de Caracas y Quito, donde se licenció en Filosofía en 1966. Luego se doctoró en Teología en la Universidad de Comillas (Madrid) en 1980. De 1964 a 1966 tuvo contacto con Monseñor Proaño en Ecuador sintiéndose desde entonces comprometido con el tipo de Iglesia y de pastoral que él representó. En 1973 fue discípulo de Gustavo Gutiérrez en Lima. Desde 1972 ha participado regularmente en encuentros de teólogos latinoamericanos. Desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla (Centro de Investigación y Acción Social de la Compañía de Jesús en Venezuela), del que ha sido director. Es profesor de teología en el ITER de Caracas. Escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor en los niveles de bachillerato y licenciatura en Teología Pastoral y Teología Espiritual, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Tiene numerosa publicaciones y escribe en varias revistas, entre ellas RLAT, Iter, Sic, Anthropos, Nuevo Mundo...

Key words: Political democracy, coexistence, "respectivity", steps and attitudes, welcome of the Kingdom of God

Pertinencia del tema en la Venezuela de hoy

Nos vamos a referir a la cultura de la democracia como un modo de relacionarnos que expresa hoy la actitud del que acoge el señorío de Dios tal como lo reveló Jesús de Nazaret.

El por qué de este tema, o por mejor decir de su urgencia impostergable, se encuentra en nuestra situación nacional. El Presidente viene lanzando cada vez más descubierta y pormenorizadamente una propuesta política, que es nada menos que la refundación de la República. La pregunta crucial es si existe en nuestro país una ciudadanía tan consciente de lo que quiere y tan decidida a lograrlo como el Presidente. Los que no estamos de acuerdo con la propuesta del Presidente tendemos a considerar que el problema de Venezuela es el proyecto del Presidente, que ante él todos los demás problemas palidecen. Yo pienso por el contrario que el problema mayor que nos aqueja es la poca densidad que tenemos como ciudadanos, que nos impide asumir nuestro papel protagónico, para decirlo con palabras del Presidente.

El talante proactivo e incluso agresivo del gobierno, tiende a convertir a los ciudadanos en seres reactivos, bien sea acatando sus propuestas y dejándose configurar o mejor reconfigurar incesantemente por ellas, bien colocándose en el otro polo del mismo horizonte, es decir en una posición meramente antitética y por tanto no libre ni superadora. Es imprescindible alcanzar la libertad personal o mejor liberar nuestra libertad, para asumir posturas realmente superadoras.

El presupuesto de lo que diremos es que la democracia política no es posible, si no se cultiva asiduamente la cultura de la democracia en todos los campos de la vida, desde la relación de pareja y la vida familiar, hasta las amistades, las relaciones de trabajo y el modo de estructurarse y funcionar las distintas asociaciones, organizaciones y grupos que creamos libremente.

Ahora bien, no florecerá la cultura de la democracia, si no abrigamos la pretensión de constituirnos en auténticos sujetos humanos. Si nos atenemos a la condición de miembros de conjuntos, viviendo según las pautas establecidas en ellos, y recibiendo de ellos tanto las posibilidades como las limitaciones, si nos negamos a actuar como sujetos responsables y libres, no podremos interactuar democráticamente, ya que no vivimos desde nosotros mismos sino conductualmente, es decir, a partir de las pautas emanadas desde el poder, sea

económico o político. Así pues, el sujeto es el elemento base del que tiene que partir todo.

Pero como el sujeto humano no es ensimismado sino que se constituye a través de relaciones, el ejercicio de la cultura de la democracia, si hay voluntad de vivir como sujetos, contribuirá muy significativamente en la constitución de los sujetos.

Esta es la razón de que focalicemos pormenorizadamente el tema de la cultura de la democracia y hagamos ver su raigambre cristiana.

La política es útil y necesaria, pero no sagrada

Comenzamos asentado que, dentro de lo que nosotros conocemos sobre la condición humana y de lo que nos es dable pronosticar, no parece que sea posible ningún orden social que excluya la coacción. Aun en situaciones en las que la mayoría de los ciudadanos aceptan las leyes y se rigen por ellas, siempre habrá alguno que no las acepte o que, aun aceptándolas, las viole. Es de humanos equivocarse, por eso tenemos que contar con que siempre habrá injusticias; pero si el ejercicio del derecho logra que se le haga justicia a la víctima y que caiga sobre el infractor el peso de la ley, será posible vivir humanamente. Sin embargo, si además de injusticias, hay impunidad, ese estado de cosas deja de ser ya una vida civil. Lo más importante es convencer a los ciudadanos de que en el respeto que se deben a sí mismos entra respetar a los demás y a las reglas de juego sancionadas por todos. Pero subsidiariamente, es inevitable sancionar a los trasgresores para que, si el sentido de dignidad no basta en alguna ocasión para hacer el bien, al menos no se haga el mal por el temor al castigo. Así pues, aunque la sanción no puede ser la columna vertebral de ninguna política, como último recurso es imprescindible en todas.

¿Qué significa esto para los cristianos? Que, aunque valoremos la democracia como un bien imprescindible para que se desarrolle una vida que podamos llamar civilizada y por eso la proponemos a todos como una dimensión imprescindible de su ser humano en sociedad, el reino de Dios no se realiza como una estructura política. Esta conclusión resulta inevitable, si aceptamos al Dios cristiano, que no puede ni quiere imponerse sobre nadie, porque el amor respeta absolutamente la libertad del que ama y por ninguna razón se impone sobre él, ni siquiera para evitar que se extravíe o que se pierda. Dios no nos puede salvar en contra de nosotros. Si la política, que debe buscar por todos los

medios que los ciudadanos cumplan voluntariamente lo que se estableció con el concurso de todos, no puede, sin embargo, excluir la coacción de los que quebranten las leyes, no forma parte de lo definitivo sino de lo provisional. Por tanto no es sagrada.

No vemos cómo pueda ser sobrepasada, pero en ella no cabe la plenitud humana que expresa el Reino. Es útil e incluso imprescindible, y por eso debe ser considerada como un bien relativo que ha de ser cultivado por los ciudadanos. No es, por tanto, propio de cristianos desentenderse de la política. Actuar la política es un bien moral que debe ser propuesto como tal y actuado con esa conciencia; pero lo actuado entra en el ámbito de lo relativo, de lo útil, no de lo definitivo.

Aunque sí pueda entrar en lo definitivo el amor a los conciudadanos, como móvil que lleva a contribuir desde el Estado a su desarrollo integral y a restablecer la justicia mediante el derecho y a discriminar positivamente a los discriminados para que puedan integrarse al cuerpo social en igualdad de condiciones.

Así pues, el que la política no sea sagrada no significa que sea irrelevante para el cristiano. Muy por el contrario, los cristianos deben entrar decididamente en ella para optimizar los elementos de consenso en la formación de las leyes y proyectos y en su realización conjunta, es decir para optimizar la cultura de la democracia, sabiendo que, por más que se avance, siempre será indispensable residualmente la coacción. Es, pues, indispensable que los cristianos se metan en la política.

Habría que distinguir entre el horizonte cristiano de la política, es decir los elementos que deben ser tenidos en cuenta y que no pueden negociarse y el modo de hacer las cosas que debe fomentarse. Vamos a referirnos a esto segundo. Lo caracterizamos como cultura de la democracia.

Cultura y cultura de la democracia

Cultura de la democracia no equivale a democracia política, a ningún tipo de ella. Es un tipo determinado de cultura o, dicho con mayor precisión, una manera determinada de estructurar un ámbito, de vivir un elemento de una cultura.

Entendemos por cultura el modo de habérselas con la realidad, en este caso con la realidad humana, que tiene una colectividad humana, para constituirse en cualitativamente humana. Todos los seres humanos nacemos constitutivamente humanos, pero nos tenemos que hacer cualitativamente humanos. Nos hacemos

humanos mediante las acciones. Aunque también mediante ellas podemos deshumanizarnos. No hay camino hacia la humanización cualitativa que no pase por la cultura. En todas las culturas cabe hacer ese camino.

Pero el ser humano cualitativo no cabe en ninguna. Por tanto cuanto más decididamente se vaya en esa dirección, más se trasformarán desde dentro las culturas. Los seres humanos que viven trascendentemente en sus culturas, es decir como caminos de humanización, se encuentran y reconocen, ya que todos tienden hacia lo mismo.

Para que sean canales expeditos hacia el ser humano cualitativo, las culturas necesitan ser incesantemente transformadas; por eso, si una cultura se absolutiza, proclamándose paradigma de humanidad, será un obstáculo en vez de una ayuda. Las culturas se pueden absolutizar a causa de su poder y el bienestar de sus miembros, confundidos con la humanidad cualitativa; o también cuando, para defenderse de esas culturas dominantes, se cierran sobre sí mismas.

La cultura de la democracia, como es un modo determinado de vivir un nivel específico de la realidad, debe abarcar todas las áreas, desde las relaciones familiares, a las escolares, las del trabajo, las de amigos y compañeros, las de participantes de una misma institución, las de convivientes en una misma ciudad, en un mismo país, en un mismo mundo. En cada área, la cultura de la democracia sufre una modulación concreta, respondiendo al nivel de realidad en que se relacionan las personas; pero en ninguna debería desaparecer, incluso en las esferas de la economía y la política, que son las más duras. Ahora bien, lo que sí es seguro es que no se manifestará nunca en éstas, si no es esmeradamente cultivada en las demás, que son, por así decir, más flexibles.

Características de la cultura de la democracia

No las entendemos como notas yuxtapuestas sino como elementos que componen una estructura dinámica. Como el modo de producción determina el producto, iremos desarrollando los pasos sucesivos, que, componiéndose, forman esta cultura.

1. El primer paso que debe dar cada uno de los integrantes del grupo es **expresarse**: sacar afuera lo que tiene respecto de lo que se trata o respecto de lo que él quiere plantear. No expresarse es ejercer violencia sobre el grupo, ya que el que se retrae está negando a los demás no sólo su aporte sino su condición de miembro personalizado del grupo. Si lo que concierne a todos debe ser discutido por todos, el que se niega a participar se está excluyendo como sujeto;

pero, al permanecer en el grupo, está, por lo que al asunto concierne, desde fuera, es decir no comprometido con lo que se decida. Criticar luego, si algo salió mal, es una tremenda deslealtad.

Hoy no pocas personas viven de manera más bien conductista, sin preguntarse el por qué de las cosas que suceden a su alrededor y en las que muchas veces están de un modo u otro implicadas, y sin hacerse conscientes de las propias posiciones y por lo tanto sin hacer el esfuerzo de sopesarlas y fundamentarlas. Por eso es imprescindible el esfuerzo inicial de decidirse a decir lo que ven y sienten, porque sólo este ejercicio asiduo, irá sembrando el hábito reflexivo. Expresarse es, además, el grado mínimo de pertenencia al grupo. Es un ejercicio elemental de confianza, tanto en sí mismas como en el grupo.

Si en el punto concreto que se debate alguien no tiene nada que aportar, lo debe manifestar, aunque normalmente podrá decir con qué está más de acuerdo de lo que los demás han ido diciendo.

La actitud que se cultiva en este primer paso es la de **poner en común los propios haberes**, la de no reservarlos como una ventaja sobre los demás. Quien pone en común lo propio manifiesta que vive vuelto hacia ellos, abierto a ellos, con una respectividad positiva, poniendo la propia alegría en el bien de ellos, mediante la donación de lo que tiene, puede, sabe, vale y es.

2. El segundo paso es **escuchar** lo que dicen los demás. Escuchar no es simplemente oír y ni siquiera registrar lo que se va diciendo. Es oír haciéndose cargo de lo que va diciendo cada uno.

En la cultura postmoderna hay una cierta propensión a expresarse, como un ejercicio de narcisismo; pero, una vez dicho lo suyo, desentenderse. Cuando pasa eso, todo se reduce a una serie de monólogos.

No es tan fácil escuchar, porque exige salir del propio horizonte individual y abrirse a la perspectiva de las demás personas; es decir, exige que yo no esté juzgando automáticamente lo que digan los demás respecto de mi propia postura, tenida implícitamente como paradigma, sino que me abra a la de ellos, tratando de hacerme cargo de lo que quieren decir. Esto implica distinguir entre mi horizonte y el suyo, y escuchar desde su horizonte y no desde el mío.

La actitud que se cultiva en este segundo paso es el descentramiento, el **ponerse en el lugar del otro**, el renunciar a constituirse el centro del mundo, la alegría de salir a otros mundos, de hacerse cargo de su modo de ver las cosas, de darles lugar en mi mundo. Escuchar personalmente es un ejercicio de

fe, ya que consiste en no atenerme respeto de los demás a lo que yo observo de ellos sino también y sobre todo a lo que ellos dicen de sí o desde sí.

3. El tercer paso consiste en manifestar lo que se considera más oportuno de lo que se ha dicho y las coincidencias más significativas; así como en preguntarse mutuamente sobre lo dicho por cada uno, intentando aclarar lo que no se ve o manifestando lo que no se comparte. Esta reacción ante lo dicho comprende tres armónicos principales: lo que resuena, es decir lo que suena bien, porque saca a luz algo que uno llevaba en lo más genuino de su ser sin haberlo nunca expresado del todo; lo que disuena, porque contradice a algo que uno daba por asentado; y lo que no suena, o sea algo en lo que uno no había pensado y que se le da para pensar.

Este tercer paso es crucial, ya que **dialogar**, exponiéndose cada uno al manifestar lo que uno siente sobre lo dicho por los demás, poder preguntar para aprender y ser capaces también de disentir como compañeros, sin que en ello haya ninguna acrimonia personal, es una muestra elemental del respeto que se debe a cada uno y al grupo.

La actitud que se cultiva en este tercer paso es el diálogo en el sentido más literal y cabal de la palabra, ya que la palabra es el vehículo que va y viene entre unos y otros, la palabra razonable, portadora de sentido, inquisitiva y crítica, pero también sabedora de su limitación, la palabra abierta, incompleta, en busca de otras razones y palabras, en busca sobre todo de una verdad más cabal, la palabra que busca **entender el asunto** que se trae entre manos y **entenderse entre sí** los coparticipes.

4. El cuarto paso es el de **buscar una postura del grupo**. Si se dieron los pasos anteriores, cada uno tiene los insumos suficientes para tratar de hilar un discurso, una toma de posición o una propuesta que sean del grupo. Podrá partirse de una o varias de las formulaciones o se la construirá tratando de articular las ideas e incluso las palabras claves que se han ido expresando, buscando consensos.

Lo fundamental en este paso es que cada uno piense no como el individuo que es sino como un miembro del grupo, eso sí, un miembro personalizado. Si cada quien está en esa tesitura, y no en la de buscar hacer prevalecer lo propio, no será tan difícil hallar formulaciones del colectivo.

La actitud que se ejercita en este cuarto paso es el **paso de cada yo al nosotros**, un nosotros en el que los yos se pierden y a la vez se encuentran. Se pierden en cuanto diferenciación de los demás y en cuanto que el todo es

realmente diverso a la sumatoria de las partes. Se ganan en cuanto que el nosotros sigue siendo primera persona y primera persona incluyente porque es plural. Y es en verdad plural, si se ha intentado sincera y sagazmente integrar al máximo los aportes de cada quien en el conjunto, aunque sea transformados. Podríamos decir que el nosotros resultante es realmente plural, si éste es, en verdad, el cuarto paso, es decir, si se han observado los anteriores. Entonces lo que resulta es un cuerpo social personalizado.

5. El quinto paso es decisivo: **encargarse cada quien de un aspecto de lo decidido**. Si no se da este paso es porque los integrantes del grupo estaban en él como meros expertos, es decir desempeñando un papel del que obtienen, piensan ellos, cierta relevancia, pero no comprometiéndose personalmente.

Hay que reconocer que en los más diversos niveles de la vida social existe la propensión ambiental a descargarse en algunos, a darse por satisfechos con la participación en la obtención de los acuerdos y en su posterior celebración, pero desentendiéndose en el proceso de su ejecución, que por eso resulta frecuentemente demasiado laborioso y desgastante para los que lo asumen. Hay, pues, en este punto mucho que avanzar en nuestro medio.

Es muy significativo de que se han dado los pasos anteriores, el que personas cuyas propuestas no fueron acogidas puedan encargarse de lo que se decidió, como si lo hubieran propuesto ellas, ya que son las propuestas del cuerpo social al que pertenecen.

La actitud que se ejercita en este paso es la **responsabilidad**. Llevar a cabo personalmente lo decidido por el conjunto es el ejercicio de la responsabilidad asumida. Es vivir con una libertad liberada capaz de sustentar la acción de uno en cualquier estado de ánimo. Es hacer verdad esa condición de nosotros que se puso a funcionar en los pasos anteriores.

Desentenderse del compromiso adquirido indica una fijación en la adolescencia, una falta de madurez, negarse a ejercer la condición de adulto con las responsabilidades anejas, con la fidelidad a la palabra dada, al compromiso adquirido.

6. El sexto paso es la **evaluación conjunta**. Es obvio que lo que se decidió entre todos, lo evalúen todos. Quien evalúa se considera y es considerado responsable de lo que se trae entre manos. Incluso, digamos, responsable último. Por eso la evaluación conjunta es el signo más fehaciente de que todos los que han participado en el asunto lo han hecho como sujetos de él. O dicho de otra manera que el nosotros que proyectó y ejecutó está integrado por todos los

miembros del grupo.

Pero hay que reconocer que entre nosotros existe una tendencia a que la evaluación deliberativa la realice sólo un cogollo. Para los demás sólo cabe la evaluación informal, la lluvia de ideas sin ningún efecto tangible. En este caso sólo los evaluadores son los verdaderos sujetos del proyecto; los demás serían sólo colaboradores suyos. Así pues, el que todos los implicados evalúen la marcha de lo que llevan entre todos, es una prueba fehaciente de que se practica la cultura de la democracia.

La actitud que se ejercita en este paso es la **conciencia crítica guiada por los objetivos** propuestos. Se reafirma la trascendencia de la misión del grupo, y se relativiza el propio obrar, tanto como persona como en cuanto grupo. Habrá verdadera evaluación si el quehacer no ha sido un ejercicio de realización personalista e institucionalista, o si la determinación de realizar la misión del grupo en cuanto magnitud trascendente es más profunda que el afán de autoafirmarse o de quedar bien.

En cuanto los miembros se afinquen en esa actitud trascendente, no les importará que les critiquen, porque lo que buscan es entregarse eficazmente a la misión, que es la razón de ser del grupo, y que, por tanto, une a sus miembros.

7. El séptimo paso es el **procesamiento de conflictos** de manera que el grupo salga fortalecido como cuerpo social personalizado. Puesto que somos humanos, es normal que surjan conflictos y no deberían verse como una anomalía de la que se debe salir a como dé lugar.

Los conflictos deben procesarse conforme a los pasos que hemos indicado: cada parte debe expresarse con toda libertad y sin que le quede nada por dentro, y para eso hay que crear el clima adecuado; las partes deben escucharse entre sí, y para lograrlo es crucial el papel de los demás miembros del grupo, que tienen que escuchar a ambos queriendo el bien de cada uno, y queriendo, no menos, que aflore lo más genuino de la realidad. Los miembros del grupo más aceptos para las partes son los que tienen que decir a cada una lo que les parece de su postura con toda lealtad y por tanto lo que tendría que cambiar y ceder cada uno.

El que tiene la impresión de que ha procedido mal o se ha equivocado, debe sentir también de parte del grupo que se lo acepta personalmente y que el modo de procesar el conflicto se debe precisamente a lo mucho que se lo aprecia y a la confianza que tienen en su capacidad de superación.

Hay que reconocer que en la cultura ambiental tenemos una especial dificultad en procesar los conflictos. En general tendemos a callarnos lo que sentimos que no es correcto, hasta que no podemos más y explotamos y rompemos con el grupo o luchamos porque la otra parte salga de él. Ya expresamos en el tercer paso que no nos resulta fácil hacer observaciones a los demás, ni a los que consideramos amigos, porque pensamos erradamente que es un acto de deslealtad para con ellos y más en el fondo porque tememos que se enfríe la relación, ni a los que no nos caen bien, porque tememos que aflore nuestra animosidad y los otros se resientan. Por eso solemos decirnos y decir a los demás: «vamos a dejar las cosas de ese tamaño». Hay una fragilidad personal que sólo se puede superar en el ejercicio responsable del procesamiento de conflictos. Si para nosotros lo último, que se posterga una y otra vez, es enfrentar los problemas, nunca llegaremos a ser adultos como individuos ni como sociedad.

La primera actitud que debe cultivarse para que sea posible superar positivamente los conflictos es el **amor indeclinable a cada persona implicada**, en el sentido preciso de buscar su bien en cada paso del proceso. La segunda es **comprender que la verdad libera**, aunque duela. El tercero es que cuando situaciones que se presentan como dilemáticas pueden componerse, hay que hacerlo ver y caminar en esa dirección, ayudando a cada parte a superar su postura excluyente.

Cuando sean dilemáticas, hay que hacer ver que, si hay que decidir, optar por una de las dos **no implica descalificar a la persona** que defiende la que se ha desechado y ni siquiera decir que su propuesta no vale. Sólo que la mayoría ve preferible la otra y que, al ponerla por obra, se verá si se estaba en lo cierto, y que hay la propensión a rectificar, si lo acordado no da el resultado previsto. En este punto la actitud que ha de cultivarse es la de combinar el comprender el asunto y comprender las motivaciones de cada persona, de manera que pueda llegarse a que las partes comprendan más integralmente el punto en cuestión y no menos que puedan llegar a entenderse entre sí.

8. El octavo paso es la **celebración** de los logros y más en general de la vida compartida. Este paso no puede faltar ya que es expresión primaria de la salud espiritual y de la calidad humana del cuerpo social. El sujeto de la celebración es el grupo como nosotros personalizado. Por eso la celebración pone al descubierto el estado en que se encuentra el grupo. A la vez que, si se realiza con una dinámica trascendente, ayuda a que el grupo crezca como cuerpo social personalizado.

Si predomina la primera dinámica, como la fiesta se limita a patentizar el verdadero estado del grupo, la celebración puede expresar su carácter jerárquico o la existencia de individualismos o de facciones. Pero también se puede realizar enfatizando la dinámica trascendente, de tal modo que quede fortalecido el carácter democrático, la relación horizontal y mutua desde los dones de cada uno, y sobre todo que quede expresado simbólicamente el horizonte trascendente hacia el que tiende el grupo y que lo unifica. Cuando se tiene en cuenta todo esto, la celebración es un momento privilegiado de comunión personalizadora.

Hay que tener en cuenta que la fiesta por su carácter desinhibido pone al descubierto lo que en la cotidianidad pasa desapercibido, pero también, si se tiene esta actitud comunal, se puede procesar superadoramente.

Hay que reconocer que la capacidad celebrativa es un punto fuerte en nuestro ambiente, sobre todo en los medios populares, y que por eso hay que actuarla de la manera más dinámica y trascendente posible.

La actitud que ha de cultivarse en este punto es la de **comunión** conjunta con todos los implicados y con la meta que los une y vivifica. Lo que se celebra en el fondo es la presencia de la trascendencia en la historia, la presencia de lo definitivo en lo que va fluyendo. Se sabe que los logros son siempre limitados, pero en ellos se expresa algo de la fraternidad trascendente, y los convocados se van encontrado hermanos, en medio de tantas limitaciones y desencuentros.

Esa entrega a la gracia de la fiesta que acontece, expresa la docilidad fundamental a lo que de santo late en la vida histórica. Esta salida de sí confiada para encontrarse en ese anticipo de la trascendencia es la actitud que hay que cultivar para participar de la gracia de la fiesta.

Flexibilidad y trascendencia

Nuestra propuesta es que, para caminar hacia la humanidad cualitativa como individuos y como grupos y sociedad, la cultura de la democracia debe impregnarlo todo, no sólo los grupos más específicos y estructurados, como un hospital, una ONG, una planta productiva o una dependencia ministerial, sino los más permanentes y fluidos como la familia, los grupos de amigos o el roce diario en la ciudad. La causa de esta trascendencia estriba en que el modo de producción determina el producto. Si el modo es deshumanizador, lo que salga puede contener sin duda aportes específicos objetivados, puede lograr altas dosis de eficiencia en la elaboración de productos o servicios, pero no puede producir desarrollo humano.

Dijimos al comienzo que esta cultura de la democracia se ve modulada por el talante de cada grupo. Pongamos algunos ejemplos para mostrarlo.

En una relación de pareja o en una familia o en un grupo de amigos que lo sean de verdad o en una comunidad de base o en una institución que realice proyectos corporativamente es crucial llegar a ese nosotros personalizado siguiendo los pasos indicados sin omitir ninguno. Sin embargo en una comunidad científica o académica o más en general en un grupo cultural, lo más importante es la expresión, la escucha y el diálogo libre. En un grupo muy numeroso que exija para su funcionamiento de un comité ejecutivo, no todos actúan ni evalúan con la misma intensidad, ya que los que gerencian y ejecutan tienen que tener una cierta autonomía y un mayor protagonismo. En una comunidad permanente como un pueblo o zona ciudadana delimitada y específica, lo más decisivo será la convivialidad, es decir el intercambio fluido, y la celebración. Nos estamos refiriendo a la relación en el interior de comunidades constituidas, pero si la relación es entre una de estas comunidades o individuos de esas comunidades y otros, es decir otras personas tenidas como distintas y más si la distinción connota inferioridad, el paso primero no puede ser expresarse sino escuchar.

Así pues, en cada tipo de relación la cultura de la democracia enfatizará más unos aspectos que otros; pero en todos ha de ser actuada asiduamente, conscientes de que ella vehicula la trascendencia, es decir la realización humana cabal.

Quisiera especificar que la cultura de la democracia también debe impregnar el horizonte, el ambiente y los grupos e instituciones de la Iglesia de Cristo, si quiere ser hoy fiel a su Maestro y al movimiento de su Espíritu hoy. No puede molestar a nadie decir que distamos mucho de vivir en esta cultura, incluso que no es tan claro que nos lo propongamos como una expresión primaria de nuestra fe y un componente esencial de la evangelización. Aunque tenemos que reconocer con alegría que en no pocos grupos y ambientes cristianos sí se tiene en cuenta y trata de practicarse con toda consecuencia, con la mayor plenitud posible.

Cultura de la democracia y reino de Dios

Hemos privilegiado la cultura de la democracia porque es una expresión actual de la aceptación del reinado de Dios que proclamó Jesús y a la vez es un bien de la cultura de esta época mundializada, aunque no de la dirección dominante que ha tomado. Digamos una palabra sobre esto último.

La conjunción actual de individualismo y corporativismo es lo más opuesto que puede haber a la cultura de la democracia. Por tanto es una superación desde dentro de la dirección dominante de esta figura histórica y a la vez la encarnación en nuestra cultura de una dirección trascendente. Además si esta cultura se promueve a todos los niveles, los más favorecidos serán los pobres, que son la mayoría, y además ayudarlos a que se cualifiquen para que deliberen así, es una manifestación bien honda de que se los estima, de que para uno son un sujeto y no meros destinatarios de su generosidad porque se piensa que no son capaces de llegar a constituirse en sujetos.

Puede parecer bastante sorprendente que hayamos mezclado la cultura de la democracia con el reino de Dios, afirmando nada menos que es una expresión actual y situada de él. Vamos a desarrollar el punto.

Ante todo es crucial desde la perspectiva cristiana asentar que el valor de esta cultura es en principio accesible a todos. Cualquiera que lo practique consecuentemente puede experimentar que merece la pena vivirlo y pagar por ello el precio que sea, porque practicarlo humaniza, en el sentido preciso que hace cualitativamente humano. Aunque ya no se sepa razonar por qué eso es así, es suficiente la percepción, digamos densa, de que así sucede.

Desde la perspectiva cristiana, la experiencia de que el ejercicio de la cultura de la democracia humaniza se debe a que es un ejercicio concreto de la fraternidad universal, que es una de las dos relaciones trascendentes que nos constituyen en personas.

La cultura de la democracia, expresión situada de la fraternidad de las hijas e hijos de Dios

Para los cristianos, que partimos de una perspectiva trinitaria, lo más real es la relación, no la sustancia. Nuestro Dios, fundamento de nuestro ser y principio de nuestro obrar, no es el monarca divino: un en sí infinito que sale fuera de sí para poner para sí a lo que no es él mismo. Nuestro Dios es relación eterna, una relación que pone la diferencia y la mantiene unida. El Padre, el Hijo y el Espíritu no son tres sujetos que se relacionan, sino que la relación (obviamente sin tiempo: no es antes la relación que las personas) pone a cada uno, y en este sentido diferencia, y los mantiene en comunión.

Él nos ha creado a su imagen. Por eso nosotros también nos hacemos personas relacionándonos: ante todo recibiendo su relación gratuita que nos

hace reales, y la relación de su Hijo Jesús que, al atraernos con el peso infinito de su humanidad, nos humaniza, y la de su Espíritu, que nos hace hijos de Dios, discípulos de Jesús y hermanos entre nosotros.

La correspondencia a la relación del Padre nos hace vivir con la confianza de hijos que saben que están en manos del Padre materno y que nada los podrá separar de él, y con la disponibilidad de quien se encarga de cumplir el designio del Padre: que todos vivan como hijos en su Hijo Jesús, y como hermanos unos de otros, privilegiando a los pobres y no excluyendo a los despreciados como de malas costumbres.

La correspondencia a la relación de Jesús consiste en su seguimiento, o, más precisamente, en su contemplación en los evangelios en orden a adquirir por connaturalidad su mentalidad y sus actitudes, y así seguirlo desde dentro en su misión de hacer de este mundo el mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios.

La correspondencia a la relación del Espíritu consiste en estar atentos a su impulso, que brota desde más adentro que lo íntimo de cada uno, y secundarlo. La obediencia al impulso del Espíritu, nos habita, nos capacita para vivir desde lo más genuino nuestro, y desde esta autenticidad, nos lleva a que nos configuremos con Jesús, relacionándonos en nuestra situación de modo equivalente a como lo hizo Jesús en la suya.

Como se ve, las relaciones son distintas, pero nos llevan a una profunda unificación personal y al ejercicio concreto de la fraternidad que nos alcanzó Jesús y nos otorga su Espíritu. Desde el punto de vista cristiano no es posible aceptar la relación con Dios, con su Hijo Jesús y con su Espíritu, sin actuar la fraternidad universal, prosiguiendo en nuestra situación el camino emprendido por Jesús, con la fuerza de su Espíritu.

Cada uno de los pasos que configuran la cultura de la democracia puede ser reconocido como una expresión de ese tipo de relaciones biófilas, transitivas, gratuitas, marcadas por la salida de sí para reconocer y afirmar al otro y para encontrarse en él y en el nosotros personalizado que formamos. Por eso lo que se dice de la cultura de la democracia es, por una parte tan puesto en razón, tan congruente, tan constructivo, tan hermoso; pero por otra, tan exigente, tan superador de tantas tendencias de cada uno y del ambiente, tan rigurosamente trascendente.

Faltan muchas cosas por decir. Queremos mencionar expresamente el desarrollo de lo que implica hoy la cultura de los derechos humanos y la cultura

de la vida, así como también la necesidad de recuperar el trabajo como una dimensión vital humanizadora y como un hecho social creador de comunidad, lo contrario de lo que hoy sucede, por causas distintas, en nuestro país y en el Occidente desarrollado, a pesar de la ideología que lo proclama como paradigma.

También nos faltó explicitar cómo aplicar la cultura de la democracia a la política (tanto en general como específicamente en nuestro país) y a las redes que se forman en torno al horizonte de que otro mundo es posible. Pero lo dicho es suficientemente significativo como para poder evaluar nuestra situación personal, grupal e institucional, la del proyecto pastoral del que formamos parte, y nuestra participación en la marcha del país, de la región latinoamericana y del mundo mundializado que habitamos.

Tan sólo queremos plantearnos, para terminar, una cuestión que estimamos crucial. Es posible que haya personas que al leer lo antedicho estén de acuerdo con ello, les parezca hermoso y verdaderamente humanizador. Pero que piensen que la situación histórica lo hace inviable. ¿Cómo va a ser posible vivir la cultura de la democracia, si un grupo en el poder sólo nos llama a colaborar con él, y nos niega la palabra si no accedemos? Si el juego vigente va por otro lado, empeñarnos en jugar éste porque lo estimamos más cualitativo ¿no nos pondrá en una situación de total desventaja e indefensión?

La contrapregunta que yo haría es si podemos jugar otro juego, sin perder el respeto que nos debemos a nosotros mismos y a los demás. ¿Cómo tendríamos que vivir entonces en nuestras familias y en todos los grupos de los que participamos? ¿Tendríamos que estar en ellos tratando de imponernos? ¿Sería vivible un país así? Si unos no cultivan la cultura de la democracia, habrá esperanza mientras la cultiven otros. Cuantos más la cultiven, más esperanza habrá de revertir la situación.

En las buenas y en las malas, con los que aceptan este juego y con los que no lo aceptan, nosotros no tenemos otro tipo de relación. Si sólo tratamos así con los que están de acuerdo con nosotros, no hay ninguna trascendencia en nuestro modo de relacionarnos. Hablando en términos de Jesús, si obramos así ¿qué gracia tiene? No podemos vivir de manera conductista sino siguiendo este modo de obrar, pagando el precio que sea preciso. Nosotros no apostamos al éxito sino a la fecundidad histórica.